



Los diarios del HIJO
PRÓDIGO

GUY LUISIER

PPC


Diseño: Estudio SM

Ilustraciones: Bridgeman Images / Age Fotostock; Archivo SM

Título original: *Les carnets du fils prodigue*

Traducción de Diego Tolsada

© 2009, Desclée de Brouwer

© 2017, PPC, Editorial y Distribuidora, SA

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppcredit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-3179-6

Depósito legal: M 31568-2017

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Lc 15,11-32:
SER QUERIDO

Un hombre tenía dos hijos. El más joven le dijo:

–Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde.

Y el padre repartió los bienes entre ellos. Pocos días después, el hijo menor vendió su parte y se marchó lejos, a otro país, donde todo lo derrochó viviendo de manera desenfrenada. Cuando ya no le quedaba nada, vino sobre aquella tierra una época de hambre terrible y él comenzó a pasar necesidad. Fue a pedirle trabajo a uno del lugar, que le mandó a sus campos a cuidar cerdos. Y él deseaba llenar el estómago de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie se las daba. Al fin se puso a pensar: «¡Cuántos trabajadores en la casa de mi padre tienen comida de sobra, mientras

que aquí yo me muero de hambre! Volveré a la casa de mi padre y le diré: “Padre, he pecado contra Dios y contra ti, y ya no merezco llamarme tu hijo: trátame como a uno de tus trabajadores”». Así que se puso en camino y regresó a casa de su padre.

Todavía estaba lejos cuando su padre le vio; y, sintiendo compasión de él, corrió a su encuentro y le recibió con abrazos y besos. El hijo le dijo:

–Padre, he pecado contra Dios y contra ti, y ya no merezco llamarme tu hijo.

Pero el padre ordenó a sus criados:

–Sacad enseguida las mejores ropas y vestílo; ponédle también un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traed el becerro cebado y matadlo. ¡Vamos a comer y a hacer fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a vivir; se había perdido y le hemos encontrado!

Y comenzaron, pues, a hacer fiesta.

Entre tanto, el hijo mayor se hallaba en el campo. Al regresar, llegando ya cerca de la casa, oyó la música y el baile. Llamó a uno de los criados y le preguntó qué pasaba, y el criado le contestó:

-Tu hermano ha vuelto, y tu padre ha mandado matar el becerro cebado, porque ha venido sano y salvo.

Tanto irritó esto al hermano mayor que no quería entrar; así que su padre tuvo que salir a rogarle que lo hiciese. Él respondió a su padre:

-Tú sabes cuántos años te he servido, sin desobedecerte nunca, y jamás me has dado ni siquiera un cabrito para hacer fiesta con mis amigos. En cambio, llega ahora este hijo tuyo, que ha malgastado tu dinero con prostitutas, y matas para él el becerro cebado.

El padre le contestó:

-Hijo, tú siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo. Pero ahora debemos hacer fiesta y alegrarnos, porque tu hermano, que estaba muerto, ha vuelto a vivir; se había perdido y lo hemos encontrado.

SER MIRADO

No he engullido nada. No he podido.

Una horrible impresión de tener el infierno en el sitio del estómago. Todo en mí se agitaba, gemía y pedía a gritos merced. Mis entrañas se alzaban hasta el corazón, y el corazón a la cabeza, que daba vueltas.

Había un exceso de amor en ese padre de brazos famélicos que estaba sentado a mi izquierda. ¡Y sus ojos, que se volvían incesantemente hacia mí, sus ojos que me miraban como queriendo comerme! Demasiado amor para mi corazón aturdido. Un amor que todo lo abrasaba.

Mi padre me comía de amor, ¿y qué podría haber podido comer yo? Los platos desfilaban. El becerro, demasiado graso. El pan que

mi padre partía en persona para mí. El vino en esa copa excesivamente llena que yo querría alejar de mí. Esa comida que transcurría demasiado rápida y demasiado lenta a la vez.

Demasiado. Esa es la palabra exacta. Era demasiado para mí.

Y ese anillo demasiado apretado en mi calloso dedo. Ese anillo que no le correspondía a mi dedo y que mi padre seguramente había desenterrado de los cofres de recuerdos de la familia.

Demasiado. Sentir esos ojos enteros de padre puestos en mí.

Acabar pronto con esa comida. Con ese anillo que me hacía daño. Hacerse olvidar un poco.

¿Habrá un rincón –junto al último de los criados– en el que hacerse olvidar? ¿Hay un rincón en el que se pueda estar? ¿Estar simplemente, sin que los ojos nos mimen y nos resguarden¹, nos petrifiquen y nos mode-

¹ Juego de palabras intraducible entre *couvent* («mimen») y *couvrent* («resguarden») (N. del T.).

len continuamente, nos estén siempre esperando?

Él me miraba. Yo veía claramente que lo que él veía era a mí, pero mucho mejor de lo que yo era. Un vivo sufrimiento –en mí y más allá de mí– me quemaba como un metal incandescente.

Era en todo esto en lo que pensaba durante la comida, grabada para siempre en las paredes de mi memoria y de mis tripas. Y esos ojos grabados en mis ojos.

Ahora sé, veinte años después de la famosa comida del retorno, que de una mirada así no se escapa. Que, además, no se puede escapar de ella. Es así como existimos: porque él nos mira. Aceptar esto es comenzar a vivir²...

El leño ardía en el hogar. Esa tarde hacía frío. A pesar del fuego. Y contemplo la hormiga que trepa incansable por la viga (una hormiga en esta estación...). Por un momento parece seguir una huella, una misteriosa línea por la madera. De pronto se da la vuelta, luego vuelve. ¿Conoce su camino? Para

² Sal 31 (30),17; Nm 6,25-26.

quien los observa, los caminos de las hormigas son oscuros. ¿Qué quieren hacer? ¿Adónde van?

La miro. Mi hormiga. A partir de ahora es mía, porque la miro. Y en su agitación se vuelve única en el mundo.

Mi padre me mira y existo, a pesar de mis caminos obstruidos, desperdigados³.

³ Juego de palabras entre *épais* («espesos, obstruidos») y *épars* («desperdigados») (N. del T.).

REVIVIR

He preferido esta cabaña. En ella me siento bien, a mi medida. Ciertamente hace frío durante el invierno y demasiado calor en las canículas habituales. Pero son mis cuatro paredes. Ya es tan difícil vivir con uno mismo, habitar el propio cuerpo, su alma, su ser y su vida...

Mi padre quería instalarme en la habitación de arriba, al lado de la suya. Para mí, todavía estaba demasiado cerca del fuego. Y además estaba mi hermano.

Por eso he preferido este rincón del jardín, cerca de la tapia que delimita el patio de entrada de la propiedad. Haciendo ángulo con la fachada de la casa, sobre la ventana de mi

padre. Ahora sé que necesito ese vínculo de la mirada⁴.

Hace mucho tiempo –antes del viaje– habíamos preparado en esa pequeña construcción de techo bajo, en esa cabaña más antigua que la casa misma, una estufa portátil de leña. Con mi padre, yo había plantado un seto e instalado un comedero con una conducción de agua, un pequeño acueducto de un frágil frescor.

A mi vuelta, el lugar estaba abandonado. El criadero de cerdos se había reinstalado en otro sitio, detrás de la casa, cerca de los graneros y de los establos. La vieja cabaña tenía derrumbado el techo (es una de las primeras cosas que vi al llegar de «allá abajo»). Todos los vientos del invierno parecían citarse allí... ¡No se derrumba solamente la propia vida cuando se abandona la casa!

Es precisamente en esta casucha donde quise vivir. Revoqué las paredes, reparé y volví a pintar las viguetas bajas y levanté una chimenea delante de la mesa de madera sin

⁴ Sal 84 (83),11.

pulir. Tres sillas de mimbre. Un nuevo lavabo en la fuente de dentro. Una cama sencilla y la luz de unas ventanas agrandadas... ¡Luz! Quizá el paraíso sea eso: luz posándose sobre todas las cosas sencillas. Humilde luz, cosas humildes y como una transparencia infinita sobre la aparente pesadez de las realidades.

Hace ya veinte años. Mi viaje de vuelta. El hermano, gemelo y sin embargo tan distinto de aquel de la ida. Aquella decisión de volver me desnudó hasta el fondo del alma, mientras que la decisión de marcharme me había revestido –ingenuo de mí– de vientos y briznas de paja. Volví desnudo. Hace ya veinte años. Me parece a la vez lejísimos y como si fuera ayer. Convivo con ello. Ese sentimiento de no tener ya nada detrás que proteger. Aquello –el viaje– forma parte de mí. A pesar de y con la nueva mirada de mi padre. A pesar de y con la nueva mirada de mi hermano.

Nunca se puede comenzar de nuevo. Se continúa de otra manera. Se le da otra oportunidad a la propia sangre y a los propios sueños. Se trazan nuevas líneas sobre una pintura desconchada. Se vuelve a dibujar

poco a poco sobre los trazos gastados del pasado. Quizá sea mejor así. La pintura, el dibujo y la tela van cobrando espesor y relieve. Sin duda alguna se juzgará la propia vida por el espesor del color y no por su extensión.

¿Por qué llegué tan lejos para existir, para pensar existir, para pensar poder existir, para querer existir?

Cada vez me muevo menos de mi cabaña, de nuestra propiedad. Creo que mi vida va ganando en espesor.

EXPLOTAR

Mi padre y mi hermano: los dos polos de mi vida. Poco tiempo después de mi vuelta se habían explicado francamente. ¿Las palabras? ¿El tono? ¡No lo sé! Y mejor es así. Y desde entonces mi padre no abandonó jamás el piso. Sereno. Abandonado. (¡Ya se habían repartido los últimos restos de la herencia!)

Mi hermano se hizo cargo de su destino, de la casa y de la propiedad, subordinando el mío al suyo, pero ¿qué importa? ¡Sin duda también en esto era mejor así!

Unos meses más tarde encontré esposa. Una muchacha de la región (no es de los que va a buscar lejos). Discreta y eficaz.

Al año siguiente nacieron los gemelos. ¡Lo que puedo querer a mi sobrino y a mi sobrina! Hoy tienen diecisiete años, y todo lo que esa edad me hace llegar de fresco y de enfebrecido a la vez.

Raquel se parece a mí, o más bien se parece a quien yo era... Impulsiva, creativa, viva, recogiendo las palabras y las melodías de la vida abrazadas. Con un continuo resplandor de proyectos y de ideas, envuelto en una charla que no quiere perder nada de la existencia. Y además una pasión franca y rejuvenecida incesantemente por la música y los instrumentos de cuerda que colman el caos de su habitación...

Rafael se parece a su padre en lo físico y en lo moral: un corazón torturado, aprisionado en una apariencia rasa, dócil y bien ordenada... También él tiene su pasión, fría y seca: las piedras. En el pequeño museo científico en el que ha llegado a ser su habitación reúne, hace inventario, ordena y alinea, con una precisión absolutamente rigurosa, los guijarros que encuentra al albur de sus solitarios paseos...

Tanto para mi hermano como para mí, este parecido se ha vuelto una evidencia inquietante, que es claro que no ha sido posible expresar nunca con palabras: ¡se parecen a nosotros! Y todas las miradas que mi hermano dirige a sus hijos lo dicen. Miradas ansiosas. Con frecuencia, sorprendidas.

Materialmente vivimos con seguridad: se vive mejor que en los tiempos de mi infancia y de mi adolescencia. La propiedad va mejor. Mucho mejor. Mi hermano ha puesto toda su rigidez –debería decir toda su rectitud– al servicio de hacer que marche la empresa. Los campos y los caminos agrícolas se han trazado a cordel y se han rediseñado, las conducciones de agua –acequias, canales y aljibes– se han racionalizado, los sembrados y barbechos, sabiamente programados. El rendimiento ha aumentado rápidamente. Mi hermano, asistido por intendentes y empleados dinámicos y competentes, ha mejorado el cuidado del ganado, redimensionado los establos de las reses, las cuadras, los gallineros, los corrales y los rediles.

Con un personal mejor formado, experto en los nuevos modelos económicos, la explo-

tación ha ganado en eficacia y rendimiento en cada uno de los sectores, a partir de entonces bien controlados.

Todo ese mundo técnico me es ajeno. Y, sin embargo, vivo en él. Es el mundo de mi Padre, en el que busco las huellas de mi Padre. Debo amarlo, porque es real y me remite misteriosamente a algo Real misterioso⁵. Mi padre ya no dice nada sobre ello, pero, a pesar de todo, yo sé que lo ama... Mucho mayor es su corazón que todos nuestros proyectos, realizados, realizables o no.

⁵ Jn 17,11-18.



Baccio Maria Bacci, *El hijo pródigo* (1925).

ÍNDICE

Lc 15,11-32: SER QUERIDO	5
1. SER MIRADO	9
2. REVIVIR	13
3. EXPLOTAR	17
4. NACER	23
5. REÍR	27
6. SERVIR	31
7. TENDER A	37
8. ACEPTAR	41
9. VOLVER A PARTIR	45
10. ABRIR	51
11. PAGAR	55
12. CURAR	59
13. SECAR	65
14. BUSCAR	71
15. CONSTRUIR	77
16. DESAPARECER	83
17. AGOTARSE	89

18. SALVAR	93
19. CALLARSE	101
20. AGRADAR	103
21. GOLPEAR	109
22. GRITAR	115
23. ESPERAR	117
24. VOLVER A HABLAR	123
25. ACORDARSE	129
26. ESCOGER	133
27. REFRESCAR	139
28. GUARDAR	145
29. ROMPER	153
30. RESUCITAR	157